

Alejandro Casona

la vista está también la rudimentaria perspicacia de quienes alentaron esos falsos estímulos.

Tras ver *La dama del alba* puede asegurarse, sin lugar a dudas, que el teatro de Casona está mucho más vivo que los juicios de quienes lo sentenciaron a muerte antes de nacer. Se trata de un bello retablo, en el que lo lírico, lo telúrico, lo ancestral y lo dramático se dan sabia cita. El estreno en Madrid fue un acontecimiento por partida doble, pues a la recuperación de Casona se sumaba la de una actriz, María Jesús Valdés, que abandonó el escenario cuando estaba alcanzando la cúspide de la profesionalidad. Hace treinta y cinco años María Jesús Valdés no era una gran promesa, sino el activo consolidado de una gran figura. Pero dejó el teatro por las obligaciones domésticas. Y ahora que las obligaciones han aminorado vuelve a la escena. Y la escena se llena con su sola presencia, su voz de registro perfecto y sonoridad inigualable.

Espléndida dirección

La dama del alba tiene el sabor de una leyenda local, asturiana, imaginada posiblemente

sobre una historia real a la que Casona, refugiado en su nostalgia rioplatense, imprimió su sello lírico y fantástico. La «dama» es la muerte peregrina que llega a una alquería donde habrá de recoger a uno de los moradores. María Jesús Valdés encarna a esta «dama del alba», humanizada con rasgos sensibles, que comparte, con ternura implacable, la inquietud de sus víctimas. Casona retrata el ambiente rural donde la costumbre tiene más fuerza que la ley y la habladería es un juicio más que un comentario. Ahondando en el refranero popular, el escritor combina su acento lírico con la sentencia y, en su expatriada nostalgia, recrea el ambiente asturiano, nacido de la tierra como un canto natural y agreste, sentimental y dramático, ritual y humano. La muerte castiga, pero al dictado de la tierra, y hace justicia, por patética que sea, pero más firme, exacta y rigurosa que la humana.

La dirección de Juan Carlos Pérez de la Fuente, sobria y sin excesos, es espléndida. Mantiene el ritmo poético, sabe apreciar los valores rústicos y densenvolverlos con naturalidad. Lleva a los actores con facilidad, aprovechando el naturalismo de Queta Claver y la prestancia de Lina Canalejas en la figura de la madre. No amaina los efluvios líricos del texto, pero tampoco se deja llevar por un lirismo presuntuoso. Hay, en toda representación, un momento que sirve de regla de medir de la labor del director. Se trata del mutis total, cuando la escena queda vacía y sigue o no sigue latiendo la obra en la emoción del espectador. Si el público advierte el vacío es que el *tempo* ha fallado y la dirección no ha sabido administrar los valores patéticos. Pero si el escenario vacío se siente lleno de la presencia ausente, entonces es que el ritmo ha sido calculado y el lirismo ha envuelto la sala. Pérez de la Fuente lo consigue, como también consigue el máximo efecto de un desenlace disparatado que se acepta como el más natural.



CINE

Historia de una obstinación

Por Violeta de la Villa Ardura

EL Prado es el título de una excelente novela llevada a la pantalla con indudable acierto por Jim Sheridan, cuyo cine siempre muestra el pulso narrativo de los maestros.

Comienza este tremendo film con unas curiosas imágenes, las de un asno flotando y hundiéndose después en el agua, que no son sino un irónico símbolo que apunta a la clave de este drama. Jim Sheridan vuelve con esta obra a adentrarse en la Irlanda profunda. No es como en su anterior «My left foot» («Mi pie izquierdo») la dureza y la miseria de unos suburbios, sino una Irlanda rural, no menos pobre, no menos dura, pero, desde luego, aún mucho más cerrada e incul-ta. La película se apoya de un modo muy primordial en la interpretación de los actores, tarea esta, la dirección artística,

en la que destaca notablemente este director, y que si en 1990 le deparó el Oscar al mejor actor al joven Daniel Day Lewis por su excepcional trabajo como paralítico en «Mi pie izquierdo», este año le ha supuesto una mercedísima nominación al imponente Richard Harris, que, visiblemente envejecido pero de impresionante presencia, compone con enorme verosimilitud el papel protagonista, un campesino que, al igual que sus antepasados, ha dejado su vida cultivando una tierra, yerma y arrendada con esfuerzo, hasta convertirla en un hermoso prado, para ver con desesperación cómo puede perder lo único que considera suyo, aquello por lo que ha luchado hasta la agotación, lo único que ha dado sentido a sus vidas de trabajo y sacrificio. La propietaria no respeta este «derecho» labrado con el

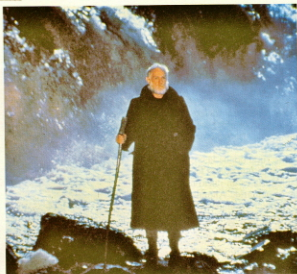
sufrimiento y decide sacar el terreno a subasta pública sin respetar la opción del protagonista.

Esta sencilla historia sirve para poner de manifiesto un terrible drama, del hombre que mantiene costumbres, creencias, principios y tradiciones, por encima de todo, hasta sus últimas consecuencias. Es, por tanto, la historia de una obstinación, de la terquedad más absoluta; de ahí la simbología del asno, que llevará al protagonista, aun siendo un hombre bueno y recto, al asesinato, a la ceguera respecto a los sentimientos de los suyos y, finalmente, a la locura. Como contrapunto de este personaje está el del «americano», perfectamente encarnado por Tom Seenguer, que representa la modernidad, al hombre joven, enriquecido, que vuelve a Irlanda buscando sus raíces, que quiere ayudar a sus gentes, pero cuyo lenguaje ya no es primitivo sino el de la rentabilidad; alguien, por tanto, dispuesto a transformarlo todo, que no entiende de tradiciones ni de «la ley de la tierra», sino de puestos de trabajo y de beneficios.

Excelente John Hurt

Hay también, soterrada, una crítica a cierta iglesia, representada por un cura joven y moderno, que aparece distante respecto a los más necesitados; crítica con sus concepciones morales, más paganas y tribales que cristianas, y que, en el conflicto que se desencadena, se alinea con los poderosos para defender el progreso.

Es excelente el trabajo de John Hurt encarnando el personaje del típico tonto del pueblo, borrachín y «botarate», que con su comportamiento turbio y atonladrado, lejos de la dignidad del protagonista, desencadenará el triste final con su inocente traición. No sólo en este personaje, que entonces encarnó magistralmente John Mills, sino en las escenas de taberna o en los paisajes de playa, recuerda este

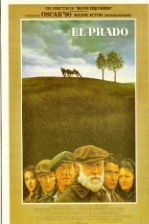


film a «La hija de Ryan», de David Lean, al que a veces parece querer hacer homenaje.

Mención aparte merece la labor de esa gran actriz que es Brenda Fricker (que también aparecía y consiguió premio en «Mi pie izquierdo»), quien se limita a llenar la pantalla con su sola y expresivísima presencia en el papel de la mujer del campesino.

No es corriente en el cine actual la valentía de acometer la realización de un drama de las dimensiones del que comentamos. Y es menos corriente aún salir airoso de la prueba. Jim

Sheridan ha sido ambicioso al narrarnos una historia que, como todas las que tienen interés, está llena de vida, de sentimientos, de contradicciones y de dolor. Cuando el cine es de calidad, lo que se obtiene es algo nuevo respecto a la historia meramente escrita: esa peculiar evidencia que prestan a las tramas de la vida, y a los argumentos que se debaten, las caras y los gestos de los actores, el manejo de los planos y las secuencias que ha inventado el director. «El Prado» es puro cine de mucha calidad: bastaría recordar la secuencia que sirve de fondo a los títulos de la película, en la que, sin que nadie haya de hablar, comprendemos inmediatamente en qué consiste la vida y el trabajo de nuestros dos protagonistas. La película es lenta sólo en apariencia porque por toda ella discurre a muy buen ritmo: el anuncio de la tragedia que vemos desencadenarse y cuyas claves morales nos va desvelando la mirada certera del director. Tal vez un único pero se le podría objetar: el final resulta un poco excesivo, porque, como sabemos, la epopeya está reñida con la retórica. ■



Violeta de la Villa Ardura es licenciada en Historia Medieval.

MUSICA

NOVEDADES DISCOGRÁFICAS

Por María José Fontán

Autor: Arnold Schönberg.

Título: Friede auf Erden, Kol Nidre, Superviviente de Varsovia y otras obras corales.

Intérpretes: BBC Singers, BBC Chorus y Orquesta Sinfónica de la BBC. John Shirley Quirk y Günther Reich, recitadores.

Director: Pierre Boulez.

Sony Classical S2K 44751 DDD/ADD.



HA CE ya cuarenta años que murió Arnold Schönberg, y a pesar de ser una figura muy destacada en la historia de la música del siglo XX, no ha llegado a ser comprendido por el gran público. El dodecatonismo, su gran aportación, con la utilización por igual de los doce sonidos de la escala, rompe con el sistema tonal tradicional que establecía un valor desigual a las notas, con una principal y otras subordinadas. Esta es la razón por la que su música y la de sus alumnos, que forman con él la llamada Escuela de Viena, tenga un sonido diferente a todo lo anterior, sin los puntos de apoyo de la música tonal y sin los metros rítmicos tradicionales.

En su producción la obra vocal ocupa un lugar importante. Sus obras más decisivas incorporan la voz solista y los coros, como *Pierrot Lunaire* (1912) y los *Gurrelieder* (1911) y su inacabada ópera *Moisés y Aarón*. En